

ESTEBAN REYNAUD

El autista y el colibrí

JUAN AUTISTA parece un caracol en su profundo sueño del que sólo despierta por el chirrido de una puerta; entonces con vista extraviada, atisba el movimiento de los cuerpos y vuelve a su reposo.

Nace con el solsticio hiemal y su primer llanto provoca en sus padres un sentimiento de vergüenza e irritación que crecerá con el tiempo. Más que procurarle alimento, le dan un biberón con porciones raquíticas de polvo y agua en abundancia, para aquietarlo. Cuando los progenitores duermen a pierna suelta, el llanto vuelve a irrumpir.

Alterado, su padre salta de la cama, va hasta el cuarto de la criada y zarandea su camastro.

—¡Un ladrón! —grita la muchacha.

—Cállate! De alaridos estoy hasta la coronilla. En adelante, te vas a encargar de la criatura, traeré su cuna al cuarto de trebejos, junto al tuyo.

Al amanecer, el padre descorre la cortina del cuarto de trebejos. Observa en el horizonte el Iztaccíhuatl, mujer dormida, fría, lejana, y luego atiende a la inmovilidad temporal de Juan Autista. Cómo le gustaría que aquel engendro se pudiera quedar anclado ahí, quieto, como un trasto más.

En su tercer cumpleaños, Juan Autista recibe la visita de Manuel, su tío abuelo, quien con un carácter campirano le sonrío. El festejado entonces pica costillas, tamborilea sobre su frente y le jala los cachetes; ve disiparse, por un momento, su burbuja de soledad y estrena sonrisa y pucheros para el tío abuelo.

Pasa el tiempo y ahora le place descorrer la cortina y contemplar por largos periodos el bailoteo de las motas de polvo dentro del haz de luz. Ese cosmos, vasto indescifrable, le cautiva, bien podría pasarse una vida dentro de él. De pronto, un manotazo acompañado de palabras agrias lo arrebata de ese universo

—¡Levántate! ¡Vístete!

¿Quién las dice? No importa: saca de un cajón prendas de color menta, como lo hace desde que se viste solo. Rechaza carmesíes y gualdos. Pone y quita playera, pantalón, calcetines y zapatos, hasta que la voz espeta:

—¡No seas tonto... Vístete de una vez!

Desatiende el grito, pues escucha el canto de un colibrí. Le fascina su batir de alas, su balanceo hipnótico; súbitamente, lo ve inmóvil en el aire, tan cerca, que trata de tocarlo, intento inútil: el emisario escapa con el movimiento de un látigo silencioso. En coincidencia zumba contra su espalda un cintarazo burdo

—¡No, no! —Protesta el niño, mientras se dice: "no me importa ese zumbido, los golpes, esas facciones. Me importa el colibrí, la luz que entra a chorros, la blancura del volcán, los cantos, los perfumes, no más."

—¡Cállate!

—¡No, no...! —Responde con un "no" rotundo, eterno como la nieve del volcán.

En el séptimo diciembre lo despierta el colibrí que repiquetea en su cristal. Juan Autista insiste en tocarlo; pero entonces comprende (ese es su regalo) que lo bello ha de permanecer libre, y el encuentro se diluye de nuevo en un movimiento de silencioso látigo. Esa noche regresa el tío Manuel con una caja con moño enorme. El viejo trae con él su aire fresco, su impulso festivo; y levanta en vilo a su sobrino. Juan Autista se asusta, escapa de él y se escabulle a un rincón. Ve en él a otro hombre negro. El tío, en cuclillas, le hace cariños; pero Juan Autista tiembla, se agazapa, teme. Al fin, grita:

—¡No, no!

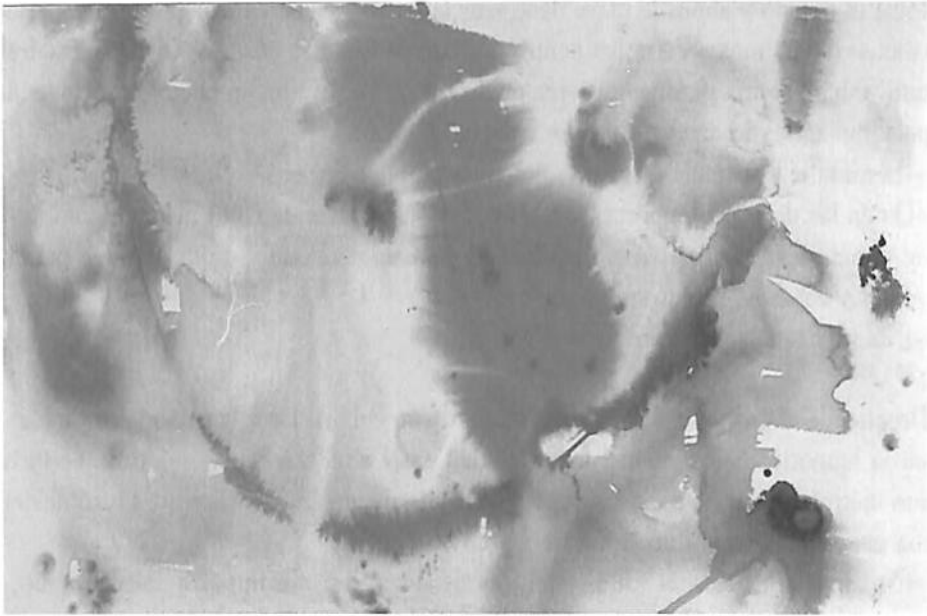
—Está bien, ¿te gustaría oír una historia?

—¡No, no!

Y aunque intuye la caricia de una aurora rosada, teme, sobre todo, al chasquido del látigo.

—¡No, no!

—Fíjate bien, el volcán que desde tu cuarto contemplas, fue una princesa tan bella como el amanecer y graciosa como un colibrí. El aire no se cansaba de besarla. Su cabello era negro como la obsidiana, como el sueño de un cuervo. A su lado hay otro volcán: el Popocatepetl, ahora sin la fogosidad de aquel entonces. Antes lo llamaban penacho de fuego y corazón de llamarada. Para llegar hasta la princesa Iztaccíhuatl, él tuvo que combatir a los caciques enemigos de la princesa. La leyenda dice que al regresar el valiente guerrero, los árboles se golpeaban entre sí, como mis manos al



aplaudir, con el sonido del gran tambor... pam, pam.

Aún humean las velas del pastel cuando termina la celebración. Juan Autista vuelve al cuarto de trebejos. Se sabe una sombra entre las sombras, un sueño que se duerme, un cuervo de mal augurio, una almohada sobre la cama.

Pero el pequeño colibrí aletea.

Juan sabe que el susurro de sus caricias nunca lo alcanzará, pero intenta tocarlo una y otra vez, incansablemente; como incansable es la llamarada de su corazón, como interminable ha sido vestirse y desvestirse, como el péndulo del reloj que incesantemente escucha desde su dormitorio, como la nieve compacta del corazón de sus padres, como la blancura deslumbrante de un volcán, como el sonido del gran tambor... Hay una cortina de niebla eterna, entre la mirada de él y los ojos de los otros; el lenguaje que emplean es vapor, no fuego; aguijón, no aleteo; es nieve petrificada. Intuye que una voz muy íntima lo orienta a huir del humo y buscar el aire que le disipe la asfixia en que vive.

El niño responde al lenguaje de las flores, del viento y del colibrí. Aprende a dialogar con la rama de un pino que se asoma a la ventana; lo saluda furtivamente, lo acaricia a diario, por meses, por años.

En esa renuncia, está en guerra contra los otros; para él son enormes y espera que se golpeen entre sí, para que se derriben y produzcan el sonido del gran tambor. No hay más que ahuyentarlos y ausentarse. Los ahuyenta y se ausenta.

En su curiosidad muda descubre que el agua azucarada atrae al colibrí y, a partir de entonces, percibe que en el leve vientecillo del aleteo hay un lenguaje paciente, reiterativo

como el movimiento parsimonioso de su respiración. Suspendido, el colibrí chupa el líquido dulcificado. Juan Autista alarga el brazo, pero la bella chicotea sin dejarse acariciar; se escapa como los últimos instantes del atardecer. Sólo su almohada y el viejo pino se dejan acariciar por sus manos. ¿Son sus manos? ¿Quién es él?

Los años pasan inexorables. El torrente de luz le muestra en el exterior matices diferentes, un cuadro cada día, cada instante...

—¡Vístete...!

—Juan quiere dormir.

—Ya cállate. Siempre hablas de Juan como si fuera otro,

Esa tarde, la rama que lamía la ventana es aserrada por su padre. Juan la recupera para ponerla debajo de sus cobijas, y la abraza hasta que el cansancio lo vence. Ya de noche, por primera vez, gritos desgarradores salen de su cuarto, y aunque sólo se prolongan por varias noches, a ellos les parecen interminables.

—¿Por qué grita Juan? —pregunta el padre.

—Porque le gustaba asomarse por la ventana, y mirar mientras acariciaba la rama.

—Eso es peligroso para un desequilibrado como él.

Al día siguiente, fijan unos barrotes a la ventana. Con la visión cuadriculada, sabe de golpe que el espacio creado por ellos está acotado, y que el lenguaje que usan es humo en prisión. Intermitentemente, vuelven a salir gritos desgarradores por la ventana abierta de par en par. Durante algunas noches, la tranquilidad de esos seres apacibles se perturba. Deciden sustituir la ventana por un muro.

Sólo por debajo de la puerta se filtra durante el día una rendija de luz. Ahí coloca Juan su almohada y abrazado a la rama seca, espera a que salga la luz con la cara pegada al piso, como tratando de hundirlo, para que a través de la rendija sus ojos puedan mirar la blancura.

—¡Juan quiere saliiir... saliiir! —Su ansiedad se expande por toda la casa. Se vuelve tan insoportable ese quejido, que su padre elimina la puerta y manda tapiar el hueco, sólo deja un pequeño postigo, justo para pasarle los alimentos.

—Juan, quiere luuz —su grito apenas si traspone la densa oscuridad; sólo un sonido sordo y apagado se desliza al exterior, para extinguirse del todo a escasos metros de los muros.

De tan delgado, es sólo una sombra. Un día que el frío le cala, escucha al colibrí. Lo oye repiquetear al otro lado del muro, justo en el lugar en que otrora estaba la ventana. Amordazado por la oscuridad, rasguña hasta desprenderse las uñas; golpea con los puños cerrados, con el sonido del gran tambor, tratando de derribar al cacique enemigo; pero es en vano. Una visión negra como la obsidiana, como el sueño profundo, como un cuervo de mal augurio, se apodera de él cuando da cabezadas contra el muro. Un chorro de sangre desciende por su cuerpo hasta cosquillearle la planta de los pies, mientras el volcán se cimbra levemente. LC